

mo tu proposito, y confesion fea buena (como confio en Dios) se ha borrado en virtud de la Sangre de Christo: por ella se borrò la escritura, que contra todo el genero humano alegava el demonio. Viendo el Siervo de Dios, que aun temblava aquel cobarde pecho, movido de superior impulso le dixo: Llevame al lugar donde hiziste esse iniquo trato con el maligno. Fueron ambos al sitio, y revestido de la honra de Dios el Ministro del Altissimo, mandò al demonio aparecièsse en la forma, que antes avia engañado à aquel que se vendiò por esclavo suyo. Obedeciò el maldito, presentandose en presencia de los dos en forma humana visible. Mandòle entregasse la cedula, y se resistia una, y otra vez protervo: entonces, como fuera de sí, arrebatado de una caridad, y zelo de Dios, se estrechò luchando à brazo partido con aquel vestigio, fulminando rayos por voces en las palabras: Quièn como Dios? Y otras, que usava por conjuro; hasta que obligò à clamar al competidor maligno: Dexame, dexame ya Fr. Antonio, dexame, que me atormentas; y soltando à sus pies la cedula, huyò rabiando al infernal

abismo. Con un Angel de luz luchò Jacob: con el Angel de tinieblas Fr. Antonio: la una lucha amorosa, la otra reñida: el Angel bueno pide treguas, y no se las concede Jacob hasta quedar bendito: el Angel malo clama que lo dexen, y no se le permite hasta soltar la cedula, y que se vaya maldito: reservandò el Señor para su humilde Fray Antonio las bendiciones de tan excelso triunfo.

CAPITULO VII.

Expressanse algunos casos notables que acaecieron, assi en esta Mission, como en Guatemala.

Sirviendo para la comun edificacion los exemplos, aprovechan para el escarmiento los escandalos; y de unos, y otros infertare en este Capitulo, para que el virtuoso se aproveche, y el pecador se mueva à seguir à Dios, quando le llama. Haziendo Mission el Padre Fr. Antonio en la Ciudad de Granada, que es del Obispado de Nicaragua, entre otras personas asistia à los concursos un Eclesiastico, que à los pocos años juntava muy viciosas costumbres.

bres. El vicio que en èl mas predominava, era el de la torpeza: y no bastaron las fuertes invectivas del zeloso Predicador, para arrancar de su alma tan mortal dolencia. Iva Dios justificando su causa, y le dava fuertes baterias en su interior, que le hazian inclinarse à algunas virtuosas demostraciones. Entre éstas era ayudar à Missa al Misionero, quien con aquella luz inextinguible, que tenia entre sus manos, conociò la cercana muerte de su ayudante. Un dia, al desnudarse de las Sagradas vestiduras, le dixo con voz tremula: que tuviesse cuenta con el Viernes siguiente. Aunque esta advertencia, con las aldavadas que interiormente sentia, pudieran abrirle los ojos de la alma para llorar sus culpas, no dava lugar la costumbre viciosa à lograr tan importante aviso. Etando el Viernes inmediato oyendo Sermon, se saliò, no se sabe con què pretexto, à la mitad de èl para su casa: mas no llegò à ella, porque le asfaltò la muerte en la calle, con tal violencia, que ni la Extremacion pudo alcançarle. Esta es una de aquellas muertes repentinas, y desprevenidas, de que pide à Dios libre à sus hijos nuestra Madre amorosa la

Santa Iglesia.

Hallavase en la Ciudad de Leon de Nicaragua continuando su tarèa Apostolica, tan afanado en lograr almas para Dios, que se olvidava de sí mismo, como lo muestra este suceso. Levantòse à las once del dia del Confessionario para ir à dezir Missa, y viendole entrar en la Sacristia un Eclesiastico que alli estava, y que sin mas detencion se iba revistiendo para celebrar, dezia en su interior murmurando: Què disposicion es esta para celebrar? Levantarse del Confessionario, è irse luego al Altar? Diòle el Señor que iba à recibir luz à su Siervo, de lo que passava en los ocultos senos del que fiscalizava su accion; y llegandose à èl manifiestamente, le dixo al oïdo: No es bastante disposicion para dezir Missa averme levantado à las doze de la noche para rezar el Oficio Divino, aver tenido oracion, y confessar toda la mañana por Jesu-Christo? No serà suficiente esta disposicion para dezir Missa? Quedò el Sugeto confuso, y para en adelante advertido de dexar à Dios el escrutinio de las agenas conciencias. Ello es muy cierto lo que dexò escrito Molina el Cartuxano: que

pref-

presto se recoge, quien nunca se derrama: y como Fr. Antonio todo se ocupava en obras de caridad, sin divertirse à otra cosa, presto podia recogerse para celebrar dignamente tan alto como tremendo Sacrificio.

Despues de aver negociado este Mercader Evangelico en aquellas remotas tierras tantas perlas preciosas, como almas convertidas, vino sin descansar en su negociacion predicando, y confesando en todos los Lugares, que ay de Leon à Guatemala, en donde le recibì la Ciudad, y su Colegio con aquella estimacion, que parecia innata en todos los moradores de aquel Reyno. No llegarìan à tres meses los que gastò en tan proliza jornada: que si la midieramos, apenas quedava tiempo para solo andarla, quedando para la admiracion los dias enteros, que ocupava en la predicacion, y Confessionario, como llevamos dicho. Sin tomar el menor descanso, se entregò à la sequela de Coro, y Comunidad, con raro exemplo. Era verdaderamente antorcha, que alumbrava à todos los de su casa: y no pudiendo estar oculta esta luz en solo el ambito del Colegio, salia à encen-

der otras antorchas apagadas en aquella Ciudad populosa. Davale luz la misma Luz increada, para conocer las necesidades de sus proximos: y no fueron pocas las vezes, que sin ser llamado acudia à remediar muchas almas en tiempo muy oportuno.

Rezando Maytines en la Comunidad cierta noche, saliò intempestivamente con un Compañero: y à largos passos alcançò al salir de la Ciudad una muger, que instigada del demonio iba à ser verdugo de si misma, con un dogal, que llevaba prevenido para ahorcarle. Afeòle su hecho, y haciendole conocer su daño, el Padre se bolviò à su Colegio, y la muger à su casa muy arrepentida, y dando al Sr. gracias, que por tal medio la avia librado de tan fatal peligro. Con circunstancia mas rara, libertò à otra miserable muger de la muerte. Estava predicando en la Iglesia de Santa Lucia, que cae en un barrio de la Ciudad: y en medio del Sermon se suspendiò, quedando cruzadas las manos, arrimado al respaldo del Pulpito en un profundo silencio. Perplexo se hallava el auditorio, formando varios discursos, y se persuadian muchos le avia acometido al-

gun

gun repentino accidente: mas despues de largo rato le vieron proseguir su Sermon, de que quedaron admirados, sin saber la causa de aquella suspension intempestiva. Ninguno por entonces supo el misterio, hasta que despues se averiguò de cierto, aver en aquel mismo tiempo entrado en una casa à librar de la muerte à una muger desdichada, que iba acabando la vida à la violencia de cruelisimos azotes, siendo el verdugo, quien deviera ser su amparo, y fiel compañero. Tales maridos devieran numerarse entre las fieras: pues abandonando las Leyes Humana, y Divina, se transforman en monstruos de la naturaleza.

No corrieron esta feliz fortuna los sugetos de los casos, que yà refiero. Una muger que por escandalosamente profana servia à muchos hombres de ruina, fue avitada del caritativo Padre para la enmienda. No hazian mella en aquel diamantino pecho las amonestaciones: y dandole el Señor, que lo haze quando quiere, luz à su Siervo de la temprana muerte de aquella infeliz, le pronostico, que dentro de dos meses acabaria su vida. No hizo caso, y cumpliòse el

termino, acometiendole un accidente tan executivo, que aviendo ido à confesarla el Padre Fr. Antonio, y el Padre Fr. Thomàs de Arrivillaga, no pudieron sacar el menor indicio de arrepentimiento: y así rematò sus mal logrados dias, acortandolos la misma fatiga con que se entregò à los engañosos embelesos de su hermosura. Otra muger, que por casada devia hazer profesion de ser honesta, sueltas las riendas del desbocado apetito de la carne, era el escandalo de aquella Republica, manteniendo à pesar del honor una amistad torpe. Amonestòla varias vezes el Siervo de Dios, ponderandole las culpas, que su escandalo ocasionava: pero se endurecia mas aquel corazon empedernido, como sucede al yunque con las martilladas del Herrero. Dixole por ultimo, que si no se recogia, y enmendava temiese morir à puñaladas. Ni los filos de esta espada de la Divina Justicia, que le ponìa à los ojos, le sirvieron de corregir sus errados passos: y así vino à acabar su desdichada vida à manos de un cuchillo, siendo su mismo conforte el cruel verdugo.

Vivia en la misma Ciudad uno de aquellos hombres, que

M

pa-

parece tienen hecho pacto con la muerte, è Infierno segun eran de rotas sus costumbres. Encontrò el V. Padre, y alumbrado del Cielo, que menos no podia dezir lo que dixo, le amonestò tratasse de enmendarse, porque de no hazerlo dentro de un año moriria malamente. Despreciò tan formidable aviso, y cumplido el año, cumpliò de sus culpas la medida, verificandose el fatal vaticinio; porque al mismo dia le asaltò la muerte con tal aceleracion, que aunque llamaron Confessor del Colegio, no fue dable quisiera confesarse. Así muere de ordinario quien así vive: à una vida defaestrada, corresponde una muerte muy lastimosa. No fue menos defaestrada la de un Coyme, que en un juego publico tenia abierta escuela universal de maldades. Aviale amonestado varias vezes, y no reconociendo enmienda, se puso una noche à vista de la casa del juego sobre una mesa, y con eficazes razones dava à conocer lo detestable de aquel vicio. El Coyme como Aspíd se tapava los oídos, para no escuchar al Encantador Apostolico. Viendo èste malogrados sus clamores, tomando en las manos un devoto Crucifi-

xo, à todos combidava, para que dexado el juego se valiesfen de la sombra de aquellos brazos para evitar el castigo. No hubo quien se moviera, y buelto el Predicador al devoto Simulacro, prorumpiò en aquellas voces del Psalmo: *Exurge Domine, & judica causam tuam.* Tiempo es yà, Señor, de que juzges tu causa. Como si estas palabras fueran un dardo despedido de fuerte brazo, quitaron de repente al Coyme la vida, cayendo muerto en tierra: conque azorados los de aquella comitiva, salieron à buscar refugio, convencidos de las mudas voces de aquel horroroso escarmiento.

Suavize el rigor de la justicia, la piedad que executò el Señor con otras almas por ruegos de su Siervo. En la misma Ciudad de Guatemala vivia una muger escandalosa, y en la calle ancha de San Sebastian corria por el camino ancho de la perdicion. Huia de encontrarse con el V. Padre, como el reo de toparse con la Justicia, porque su venerable compostura reprehendia tan defenfrenada dissolucion. Etando cierto dia sentada à la puerta de su casa, viò venir à larga distancia à Fr. Antonio:

y

y fiscalizada de su misma conciencia, se entrò para adentro, cerrando à toda diligencia la puerta; apenas llegò el Padre à ella, con solo empuxarla la tuvo abierta, y entrandose à la sala hallò à la Señora sentada: y moviendo platica, con aquella suavidad, que todos veiamos acostumbra, le diò à entender estava su fin muy cerca, que tratasse de disponer su alma para la jornada, que le esperaba. Quedò como atonitò la Señora, acudiendo toda la sangre à favorecer al corazon, que palpitava entre mortales congoxas con el susto: mas recobrada de aquel primer aslalto, procurò aprovechar la noticia. Disputò su alma con una confesion dolorosa, y à los seis dias dexò piadosas esperanças de su salvacion con su muerte.

Enfermò gravemente un Cavallero en la misma Ciudad de un insulto: y hallandose presente con D. Bartholomè de Arana el Padre Eray Antonio, viendo que no podia hablar el enfermo, le dixo compadecido: „ Es posible Padre „ que se ha de morir sin confesarse? A que respondiò: „ Dios querrà que le vuelva la „ habla. Aviendose sentado à comer con la Comunidad el

V. Padre, luego que tomò la escudilla del caldo se fue con un Compañero à ver à su enfermo. En el camino encontrò un criado, que venia à llamarlo, por aver recobrado la habla el moribundo. Confessòle, y lo dispuso dando el Señor lugar para todo esto: y despues bolviò à quedar mudo, durandole el parasismo hasta la muerte. Otro Cavallero en Guatemala bien conocido, asfaltado de un dolor apoplectico perdiò la habla, y los sentidos. Asistióle muchos dias el Padre Fr. Antonio, quien dava esperanças de que bolveria à su juicio. Despues de media noche, en una de las que durò el accidente, se recobró el enfermo, confessòle muy despacio, y con licencia del Ordinario le dixo alli Misa en su Oratorio, administrandole el Santissimo Viatico, y Uncion Extrema, y murió luego, dexando mucho consuelo à quantos tuvieron del suceso

individual noticia.



CAPITULO VIII.

Afiste por modos bien estraños al remedio de algunas almas, que necesitavan de su presencia.

TAn sentencioso como agudo dezia Seneca (*lib. de vita beata, cap. 7.*) ser la virtud una cosa sublime, Regia, invicta, è incansable. Si se le buscasse lugar proprio para colocar su imagen, se hallaria dever estar en todas partes, pues en todas afiste. En el Templo para la veneracion, en las plazas para la reforma, en los Tribunales para el consejo, en los muros para la defensa. El polvo, que deflustra otras estatuas, es honra, y aseo de la virtud: tener abochornado el rostro es su hermosura, los callos de las manos su fortaleza. Parece tenia presente el Filosofo la virtud del Padre Fr. Antonio para retratarla tan al vivo, segun la varia aplicacion de sus empleos. En los Templos donde asistia siempre orando: en las plazas repartiendo la Palabra Divina: en las Curias, ò Tribunales dando saludables consejos:

en los burgos sirviendo de muro, y defensa con sus oraciones à las Ciudades, y oponiendose à los esquadrones del vicio. No le faltaron los bochornos del rostro, que siempre le traia tan encendido, que se conocia ser de extraordinario origen tan vivo incendio: los callos se miravan en las manos de sus obras, siempre trabajando, sin dar treguas jamàs al descanso, ni al ocio. Espectaculo admirable, que un hombre solo traiga en continuo movimiento de devocion todo un Reyno. Esto hizo, y executò exactamente este hombre todo consagrado à Dios, como lo publican sus passos, y lo acreditan de su ajustada vida los varios sucessos.

Bien ocupado se hallava en su Colegio de Christo Crucificado, quando le llegó noticia de estar à los ultimos de la vida un Religioso Layco, subdito suyo, que antes avia sido en el siglo persona de respeto: y con un mensagero le rogava se dignasse asistirle en aquella ultima hora por su consuelo. Algo mas de veinte y cinco leguas de Guatemala andava recogiendo su limosna, quando le asfaltò la enfermedad. Por la distancia junta con tal urgencia, traia bestia pre-

prevenida el Correo, y hazia instancias para que montasse en el cavallo el Padre Fr. Antonio, asegurando, que no le hallaria vivo, si esperava à hazer à pie su camino. „ Anda, „ le dixo el Padre, buelvetec con tus bestias, que yà voy siguiendo, y no harè falta. En menos de veinte y quatro horas fue, y confesò su enfermo, le administrò los otros Sacramentos con bendicion del Parroco, y ayudandole en el ultimo conflicto, le diò despues sepultura, prestandole su agilidad, para executar todo esto, algun Soberano Espiritu: y no falta quien afirmè, que el dia siguiente se hallava de buelta en su Colegio: lo que me acuerdo aver oido, quando se supo acà este suceso.

Rezando Maytines con los otros Religiosos à la media noche, interrumpiò las Divinas alabanças, por acudir à remediar dos almas, cuya necesidad se le manifestò por luz Divina. Acompañado de otro Religioso, saliò sin ser llamado, y se fue derecho à una casa de juego: affustaronse los jugadores con tal visita, y se quisieron escusar del rubor con la fuga: mas el Padre los foflegò, y sin hazer otra demostracion

se sentò à jugar con ellos. No haga fuerça este estratagemà, que yà lo verà por grandes Santos practicado. Tuvo Fray Antonio en el Coro luz de lo que passava en el corazon de un jugador malvado, quien tenia fixa determinacion de quitar alevosamente la vida à uno de sus perversos compañeros, luego que el entretenimiento se acabasse; y por evitar este daño, se sentò de proposito en el juego: sin aver jugado en su vida, estava tan diestro, que ganava Rosarios, y Oraciones: y como no era esta ganancia la que los tahures pretendian, se fueron deslizando uno en pos de otro, hasta quedar solo el que avia fraguado en su pecho la intencion dañada. Yà que se viò el V. Padre con el à solas, le dixo: „ Ven acà, „ barbaro, què intencion era „ la tuya de quitarle à tu compañero la vida? Diòle una reprehension bien severa: y se conociò quan bien avia jugado, pues ganó dos almas en este juego: la de aquel que le libertò la vida, con que pudo perder la alma: y la de este, que lloroso prometió enmendarse; y à la mañana hizo confesion dolorosa con el mismo Padre de sus enormes culpas. Aquel affombro de Divinos incendios

dios el Patriarca inlyto San Ignacio de Loyola, en un juego de trucos ganó para Dios un Doctor Parisiense: y el Apostol de la India, Imán de mis cariños San Francisco Xavier, en un juego de naypes ganó la alma perdida de un Soldado. Imitando estos juegos à lo Divino, jugò nuestro Fr. Antonio, y con tales Maestros no es maravilla saliesse tan buen Discipulo.

Huvo una Señora en Guatemala, que defengañada del mundo vistió el humilde sayal Franciscano: y avia llegado por el trato interior con Dios à un estado levantado de perfeccion: governavase en todo por la direccion de su Confessor, que era un Lector Jubilado, hombre insigne en todas buenas letras, y de singular espíritu. Quando mas favorecida esta alma del Señor, que como dixo el V. Padre la llevaba en brazos, asegurandole era su Magestad quien le asistia, embidioso el demonio se le apareció en el mismo trage, y figura del Confessor, y la dixo: „ Yo soy tu Padre, y conozco „ que tú, y yo hemos vivido en „ gañados: y así no llegues mas „ à mis pies, porque es contra „ mi conciencia, y no quiero „ condenarme contigo: sirve

„ à Dios por el camino llano „ de tu oficio de Tercera, oír „ Misa, y comulgar rara vez, „ porque si no, te condenas. Permittió Dios en el Confessor tales escrúpulos, que le turbaron la luz de la razon, y èl mismo le dixo à su confessada, lo que le avia dicho el demonio con terminos equivalentes. Padre, è hija quedaron en un confuso laberinto: mas el Señor, que permite padezcan sus amigos, y les previene en tiempo muy oportuno el consuelo, dispuso, que uno, y otro descubriesen sus congexas à Fr. Antonio, quien como tan experto en cosas interiores descubrió todas las males artes del comun enemigo, y ahuyentò las sombras de aquellos corazones con sus saludables consejos, dexandonos en este caso muchos avisos para la cautela, y en descubrir lo que passa en lo interior saludable remedio.

En esta misma Ciudad vivia Doña Ana Guerra, de cuya rara virtud queda hecha mencion en otra parte: hallavase en cierta ocasion en lo mas amargo de las batallas, que tuvo contra los vicios, que acalorados de los infernales espíritus la ponian en tan espantosos conflictos, que no

pa-

parece, sino que quiso manifestar Dios en ella quanto puede una debil criatura fortalecida de su gracia. El vicio que mas prevalecia por entonces, para su mas duro tormento, era el de la sensualidad. Ardía el cuerpo, abrafavase la alma, las potencias todas, y sentidos, avanderizados con la porcion inferior, y instigados de los malignos espíritus, ponian por instantes al afligido espíritu en el ultimo peligro, sin quedarle libre mas que el no de la voluntad, que apenas podia proferir con gran fatiga. Si clamava al Cielo, lo encontraba de bronce à su parecer: si à la tierra, quantos objetos percibian en ella, ò su imaginacion, ò sus sentidos, todos eran incentivos à su incendio. Quisiera ver abiertas las puertas del Infierno, y arrojarle en sus llamas, para apagar en ellas sus ardores: y no encontrando refrigerio alguno en la tierra, en el Cielo, ni en el Infierno, clamava afligida: „ que me pierdo, „ que me pierdo, detèn „ Señor, esta bestia, que se „ precipita.

En esta batalla avia estado no pocos años, quando con licencia de su Confessor, y no sin especial inspiracion de Dios, fue à comunicar con el

Padre Fr. Antonio este su padeecer tan peligroso. Oyòla el Angelical Ministro con paciencia, y despues de averse enterado bien de sus penas, se recogió todo à lo interior, y con el ardor de su pecho, y eficacia de sus palabras, y oraciones, extinguió tan de todo punto en aquella alma los incentivos de la concupiscencia, que desde aquel punto, hasta que por orden de su Confessor escribió este apunte, que fue muchos años despues, quedó su cuerpo en esta materia como un cadaver, (con estos terminos le explica ella misma) ni el resto de su vida, hasta que murió bolvió à experimentar el menor de estos ardores: antes si le mostrò Dios este vicio vencido del todo en la figura de un mastin antes lozano, y furioso, y despues atado con cadenas, y tan flaco, y debil, que no tenia aliento para moverse. La Filosofia medica dà por asentado, que así como la enfermedad es contagiosa, lo es del mismo modo la salud. Comunícase el contagio por lo simbolico, y conforme de los cuerpos: y la salud se introduce en los cuerpos enfermos por esfluvios, y los restituye à la sanidad perfecta. Sucedia esto en su modo de